



LOS ALIADOS Y EL HOLOCAUSTO

David Silberklang

En una oscura noche de mediados de septiembre de 1942, en un ruinoso escondrijo del movimiento polaco de resistencia en *Varsovia, un joven cuyo alias era Jan Karski se reunió con dos dirigentes políticos de los grupos clandestinos del *gueto de Varsovia, uno de ellos del partido socialista judío **Bund* y el otro del Movimiento *Sionista. Karski, que poseía una buena formación intelectual y una clara conciencia política, comprendió la importancia positiva que poseía el hecho de que dos curtidos adversarios ideológicos viniesen a verlo con un mensaje conjunto emanado de las profundidades del gueto. Estaba claro que tenían algo sumamente importante que contarle.

El movimiento de resistencia había decidido enviar a Karski en misión a Londres, portando mensajes de los partidos políticos que operaban secretamente en *Polonia al servicio de sus entes centrales en el *Gobierno Polaco en el Exilio. En Londres iba a encontrarse con dirigentes del mismo, con altos funcionarios estatales británicos y con el embajador de *Estados Unidos ante los gobiernos en el exilio. Mediante sus conexiones con diversos grupos clandestinos polacos, particularmente con los socialistas, los dirigentes del *Bund* se habían enterado de su misión y solicitaron permiso para transmitir también un mensaje judío. El movimiento y Karski aceptaron, y en uno de los últimos días de las *deportaciones masivas del gueto de Varsovia al *campo de exterminio en *Treblinka o bien poco tiempo después, Karski se encontró con los dos enviados judíos. A lo largo de varias horas, éstos le describieron en detalle lo que había ocurrido durante los meses recientes con los judíos de Varsovia y de *Polonia en general. Cuando finalizaron su largo relato de agonía y dolor, Karski preguntó cuál era su mensaje. ¿Deseaban meramente que contara su historia, cosa que podría hacer fielmente sin dificultad, pues poseía una memoria fotográfica, o se trataba de un comunicado específico? Uno de ellos respondió: “Queremos que, después de la guerra, nadie pueda decir que no había sido informado”.

Karski aceptó la idea de infiltrarse dentro del gueto de Varsovia, a fin de poder presentar un testimonio directo y no sólo de oídas. Tras un día entero dentro del gueto, accedió a conocer uno de los *campos de exterminio. La idea de que los famélicos judíos recludos tras los muros del gueto hayan podido infiltrar a un polaco dentro de un campo de exterminio y luego sacarlo ileso linda en lo increíble. Y sin embargo ocurrió: en un episodio real que hace palidecer las novelas de espionaje, esos judíos activaron una larga cadena de conexiones que culminaron con el soborno de un funcionario que había de introducir a Karski a su campo disfrazado de guardia. El funcionario no tenía idea del origen del soborno ni de la identidad de su cliente. Karski debía pasar un día entero dentro del campo, pero, como él mismo declaró en su informe, a los cuarenta minutos sufrió un ataque de nervios. La horrible escena que se desarrollaba delante de sus ojos se volvió borrosa y el mundo comenzó a dar vueltas. Al ver sus rodillas temblorosas, el hombre que lo escoltaba a cierta distancia corrió hacia él y comenzó a gritarle como si lo estuviese llamando al orden, lo aferró por el cuello y lo hizo salir del campo, con lo que ambos se salvaron de una muerte segura.

En Londres, Karski parece haber informado que había estado en *Belzec, pero es probable que se tratara de uno de los campos de tránsito hacia Belzec, quizás el de la población de Izbica. Por supuesto, lo relevante no es el dato exacto sobre el lugar sino su condición de testigo ocular de la *“Solución Final”.

Antes de partir, Karski volvió a encontrarse con los mismos dirigentes del gueto de Varsovia, quienes le entregaron mensajes y pedidos específicos para el Gobierno Polaco en el Exilio y dirigentes judíos en Occidente. Karski atravesó Polonia rumbo a *Alemania y de allí a *Bélgica, *Francia y *España, donde abordó un pequeño barco de pescadores que lo transfirió a otra nave que lo llevó a Escocia. Desembarcó el 14 de noviembre de 1942 y al cabo de unos días se encontró con dirigentes polacos en Londres. Poco después comenzó sus entrevistas con varios ministros del gabinete británico, entre ellos el canciller Anthony Eden. Karski también cumplió fielmente la misión encomendada por los judíos, informando acerca de todo lo que había visto y oído.

El testimonio de Karski se incorporó a una ola de informaciones provenientes de Europa sobre el asesinato de los judíos, y apareció al mismo tiempo que, por un lado, las

declaraciones realizadas en *Éretz Israel (Palestina) por judíos recientemente liberados de Polonia en el marco de un intercambio de prisioneros entre Alemania y *Gran Bretaña, y, por el otro, la confirmación que el Departamento de Estado norteamericano brindó a Stephen *Wise sobre “sus más hondos temores”. Esos informes permitieron ubicar las noticias recibidas en los últimos 16 meses sobre asesinatos masivos, en el contexto de un premeditado plan nazi de exterminar a todos los judíos que se hallaban en su poder. El impacto de los testimonios directos llevó al Gobierno Polaco en el Exilio, así como a indignados ciudadanos y parlamentarios británicos, a exigir una reacción por parte de los *Aliados. El resultado fue la Declaración de los Aliados del 17 de diciembre de 1942:

Los gobiernos han prestado atención... a numerosos informes provenientes de Europa en el sentido de que las autoridades alemanas... están poniendo en práctica la frecuentemente repetida intención de Hitler de exterminar al pueblo judío en Europa. Los judíos están siendo transportados desde todos los países ocupados, en espantosas condiciones de horror y brutalidad, hacia Europa oriental. En Polonia, convertida en el principal matadero nazi, los guetos establecidos por los invasores nazis están siendo sistemáticamente vaciados de judíos... Ninguno de los que son sacados de ellos vuelve a aparecer... Se calcula que el número de víctimas de estas sangrientas crueldades alcanza varios centenares de miles... Los gobiernos mencionados... condenan en la forma más enérgica posible esta bestial política de exterminio a sangre fría... Reafirman su solemne resolución de asegurar que los responsables de esos crímenes no escaparán a la justicia...

Esta condena directa fue leída simultáneamente por el subsecretario de Estado Sumner Welles ante una sesión conjunta de ambas cámaras del Congreso norteamericano, a través de Radio Moscú por el canciller soviético Viacheslav *Molotov, y en la Cámara de los Comunes británica por el ministro del Exterior Eden. Cuando Eden terminó su lectura, los diputados, en singular y desusado homenaje, se pusieron de pie y observaron un minuto de silencio en honor de las víctimas. La declaración gozó de amplia cobertura mediática y apareció en la primera página de muchos periódicos al día siguiente. Esta fue la primera declaración aliada conjunta sobre la masacre de los judíos. También fue la última. Reflexionando sobre todo ello varias décadas después, Karski dijo que toda la humanidad fue culpable durante el *Holocausto del segundo pecado original, “cometido por acción, por omisión o por una ignorancia autoimpuesta”.

(I) Prerrequisitos. ¿Mediante qué criterios podemos hoy, 60 años después, evaluar las reacciones de las Potencias Aliadas ante el Holocausto? Durante los últimos 30 años se han realizado muy buenas investigaciones y escrito excelentes libros y artículos sobre el tema. Casi todos ellos se han visto forzados a alcanzar una conclusión muy parecida a la de Karski. Ciertamente, Karski se hallaba en una posición excepcional para evaluar la respuesta de los Aliados, ya que fue quizás el único testigo directo, en todo el mundo, de la desgracia judía y las respuestas de los líderes aliados. Es necesario clarificar un número de temas, como prerrequisitos a una reconsideración de las reacciones de éstos.

Los roles de los actores. Como suele ocurrir en muchos crímenes, el Holocausto tuvo tres tipos de “actores”, que pueden caracterizarse en términos generales como Perpetradores, Víctimas y Circunstantes. A los fines de este trabajo, las identidades y roles de los dos primeros resultan claros: Los perpetradores fueron los nazis y todos quienes los ayudaron a cometer uno de los mayores crímenes de la historia; las víctimas de la “Solución Final” fueron los judíos, incluidos todos aquellos que la definición racista de los nazis consideraba como tales. Los circunstantes constituyeron el grupo más numeroso.

En cierto sentido, en cada momento y lugar en que se cometía un crimen, los circunstantes se hallaban en posición neutral. No habían elegido el crimen como los perpetradores, ni habían sido elegidos como víctimas. Pero, a partir del momento en que el crimen comenzó a develarse, empezamos a plantearles preguntas. Observadores posteriores evaluarían a los circunstantes según sus reacciones y conductas desde el momento en que cobraron conciencia del crimen, ocurriese éste en su propio territorio o lejos de sus ojos. Los que procuraron intervenir en favor de las víctimas, los *Justos entre las Naciones, son merecidamente recordados en sus dimensiones heroicas; muchos de ellos pagaron con sus propias vidas, y en ese sentido se sumaron a las víctimas. Los que trataron de intervenir del lado de los perpetradores, ayudando e instigando al asesinato y cometiéndolo ellos mismos, abandonaron su “neutralidad” inicial y son merecidamente recordados, y a veces enjuiciados, como perpetradores por derecho propio. ¿Pero qué hay de aquéllos que trataron de permanecer “neutrales”? Obviamente, es difícil y hasta

imposible hablar de neutralidad ante un crimen tan horrendo, y es en base a esto que los circunstancias han sido juzgados por las generaciones posteriores.

Existieron muchos grupos que podrían ser teóricamente incluidos bajo la categoría general de “circunstantes”: la población civil de los países ocupados; miembros de los gobiernos, las fuerzas armadas y la población civil en los países del *Eje; y los mismos sectores en los países neutrales, el Vaticano, la *Cruz Roja Internacional y muchos otros. También las Potencias Aliadas —sus gobiernos, ejércitos, la población civil judía y no judía— pueden ser consideradas en esta categoría, al menos en los términos generales enunciados más arriba. Por supuesto, las preguntas y las expectativas son distintas si se trata de un polaco que ve cómo su vecino es sacado a rastras de su casa, o de un dirigente británico o norteamericano que recibe informes desde la Europa ocupada. Para el uno, el conocimiento fue inmediato y evidente, pero los recursos de que disponía para oponerse eran penosamente limitados. El otro poseía recursos mucho más vastos, pero las noticias llegaban desde muy lejos y su significado era incierto.

Cualquiera sea el modo en que se juzgue a los Aliados en tanto circunstancias, aun si se les imputan serios cargos, una cosa debe permanecer clara. Por la naturaleza misma de las cosas, fueron los perpetradores los que realizaron la acción. Los circunstancias, incluidos los Aliados, sólo podían reaccionar. Quizás los Aliados incurrieron en insensibilidad, o aun en indiferencia criminal, pero debe tenerse cuidado de no confundir un aparente fracaso moral con un acto asesino.

La naturaleza del crimen. Puede aducirse que, durante la *Segunda Guerra Mundial, los nazis llevaron adelante dos guerras paralelas. Una fue un conflicto militar librado entre ejércitos que combatían a lo largo de un frente de miles de kilómetros, con infantería, tanques, artillería, aviones y buques por ambas partes. El brazo responsable de la planificación estratégica y táctica de la Alemania nazi y de su acción en el campo de batalla fue la **Wehrmacht*. Las razones que impulsaron esta guerra fueron en parte similares a las de todas las guerras: deseo de expansión territorial, explotación de recursos naturales, dominación política, etc. Para los nazis también existieron claras razones ideológicas, que pueden haber constituido sus motivaciones primarias. Sin embargo, a primera vista, este fue un conflicto militar semejante a todos los que lo precedieron.

Paralelamente, existió una guerra ideológica —la guerra contra los judíos—, cuyas fuerzas en pugna y campos de batalla fueron muy diferentes. Las *SS fueron el principal organismo encargado del planeamiento y la ejecución de esta guerra, en la que un poderoso ejército, dotado de una profunda motivación ideológica, enfrentó a una población civil inerme integrada por jóvenes y viejos, sanos y frágiles, por familias pacíficamente instaladas en sus hogares en el momento en que comenzó el ataque. La arena de esa guerra fue única en su género: guetos, campos de *trabajo forzado, campos de exterminio, *cámaras de gas y las rutas de las *Marchas de la Muerte. Por cierto que ambas guerras fueron libradas por el mismo régimen, y existió una extensa superposición y colaboración mutua entre los organismos responsables por cada una de ellas. Con todo, hay una pregunta que debe enfrentar todo aquel que examine las respuestas de los Aliados al Holocausto: Mientras los nazis estaban embarcados en dos guerras paralelas, ¿qué guerra estaban librando los Aliados?

Los prejuicios del observador. Casi todos los estudios sobre las respuestas de los Aliados al Holocausto se han centrado en dos de las tres potencias involucradas, Gran Bretaña y Estados Unidos. Las razones son obvias. Los ciudadanos de países democráticos tienen la posibilidad de plantear públicamente preguntas a sus gobiernos, y los documentos históricos que pueden contener las respuestas a las mismas son accesibles a todos. No se sabe si alguna vez algún ciudadano soviético hizo semejante planteo a su gobierno. Los términos de referencia aplicados a la “Gran Guerra Patriótica” (el nombre soviético de la Segunda Guerra Mundial) han sido muy diferentes de los occidentales. Además, los archivos de la ex *Unión Soviética estuvieron cerrados a los investigadores hasta hace muy poco tiempo, de modo que quienes podrían haber planteado la pregunta no habrían tenido acceso a la documentación necesaria para hallar un indicio de respuesta.

Además de la accesibilidad de las fuentes primarias y del interés en elevar cuestiones de esa naturaleza, los ciudadanos de esas dos democracias occidentales poseen una autopercepción liberal y humanitaria de sus propias sociedades. Por lo tanto, se sienten con derecho a exigir públicamente que el humanitarismo desempeñe un papel en la política exterior de sus países. Además, no sólo consideran que sus sociedades se sustentan en la moral, sino que también suponen que son moralmente superiores a

sociedades con regímenes políticos diferentes. Por lo tanto, mientras que se han planteado preguntas incisivas sobre la presencia o ausencia de consideraciones humanitarias en las respuestas oficiales británicas y norteamericanas al Holocausto, esa misma literatura nunca supuso que *Stalin se sintiese preocupado por cuestiones semejantes. Dado que las fuentes, los escritores, las perspectivas y las parcialidades han sido occidentales, la Unión Soviética no fue casi nunca estudiada, o lo fue sólo de manera superficial. Sin embargo, son necesarias dos observaciones. Primero, está claro que el ejército soviético fue el más cercano a los escenarios del crimen, y pudo haber estado, teóricamente, en la mejor posición para una intervención militar que detuviera la masacre. Sin embargo, en 1944 nadie pensó seriamente en pedir a los soviéticos, por ejemplo, que bombardearan *Auschwitz. Segundo, si bien a veces el humanitarismo desempeña un papel en la política exterior de los países democráticos, en última instancia lo que determina dicha política son los intereses nacionales. Las reacciones de los gobiernos a grandes crisis mundiales en la década de 1990 —la ocupación iraquí de Kuwait, el genocidio en Ruanda, las repetidas crisis en la ex *Yugoslavia— son una excelente prueba de ello. Los líderes de grandes potencias que pretenden manejarse con criterios humanitarios extremos no suelen ser tomados en serio; un ejemplo es el del presidente Jimmy Carter a fines de la década de 1970. Las preocupaciones humanitarias juegan un papel en la política exterior sólo en la medida en que no entran en serio conflicto con los intereses nacionales. El interés nacional dominante de los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial es fácil de identificar: la victoria.

Calendarios divergentes. El Holocausto y la Segunda Guerra Mundial no se desarrollaron según los mismos calendarios. Cuando en 1944 los Aliados llegaron suficientemente cerca del escenario del crimen como para considerar algún tipo de intervención militar, la mayoría de los judíos ya estaban muertos. Cuando se les plantea a los Aliados cuestiones sobre su reacción, este factor debe ser tenido en cuenta. Por cierto que las expectativas durante los años bélicos fueron distintas de las del período 1933-1939, cuando no había guerra ni Aliados, y cuando las cantidades de perseguidos y el alcance de la persecución, por grandes e impactantes que fuesen, no alcanzaron las magnitudes del período siguiente. De modo similar, no se puede esperar la misma

reacción ante las persecuciones y asesinatos entre septiembre de 1939 y junio de 1941, que en el período que siguió a la Declaración Conjunta del 17 de diciembre de 1942. Ese fue el momento en el cual los Aliados parecen haber afirmado, abierta y públicamente: “Sabemos”.

Cuando planteamos preguntas a los Aliados occidentales, debemos ubicar los momentos decisivos que dieron comienzo a una nueva etapa, ya sea en el Holocausto, ya sea en su capacidad de reacción. El giro bélico fundamental tuvo lugar a finales de 1942 y comienzos de 1943, con la victoria soviética en Stalingrado y la invasión aliada al norte de África. Pero los momentos decisivos evolucionan, y sus contextos y consecuencias pueden revelarse o producir cambios en una etapa considerablemente posterior. Es posible aducir que el giro decisivo de la guerra comenzó con la invasión alemana a la Unión Soviética, una aventura militar que a la larga sobrepasaría las posibilidades del ejército alemán. Con la entrada de Estados Unidos en la contienda, unos seis meses después, Alemania se halló ante un arrollador despliegue de fuerzas en dos frentes. Sin embargo, las primeras grandes victorias aliadas tuvieron lugar mucho tiempo después, y faltaba mucho tiempo para que la *Wehrmacht* fuese derrotada.

¿Cuáles fueron los momentos decisivos para los judíos? La “Operación Barbarroja” (la invasión alemana de la Unión Soviética), comenzada el 22 de junio de 1941, marcó el comienzo de la masacre sistemática de los judíos; la relación entre ambos procesos resulta clara. Sin embargo, paradójicamente, el mismo factor que cambiaría dramáticamente la suerte militar de Alemania: la entrada de Estados Unidos en la guerra, también arrebató a los judíos su última esperanza de auxilio. Hasta el 7 de diciembre de 1941, al menos teóricamente, Estados Unidos y los judíos norteamericanos podían entablar contactos con los judíos en Europa, porque se trataba de un país neutral. El **Joint Distribution Committee* y otras organizaciones judeo-norteamericanas enviaban paquetes a Polonia y subsidiaron la vida judía de ese país en grado significativo, por lo menos hasta el otoño de 1941. Existió también una limitada correspondencia, y fueron posibles algunos envíos individuales. Por ejemplo, el 5 de junio de 1941 el Deutsche Bank en *Berlín notificó al **Judenrat* en *Lublin que había recibido un cheque por \$13 del Liberty National Bank en Chicago, a nombre del *prisionero de guerra judeo-polaco Benjamin Rogaczewski en el

campamento Lipowa 7. El banco alemán estaba dispuesto a remitir la suma en *zlotys* desde su sucursal en Varsovia, después de que Rogaczewski llenara los correspondientes formularios. Hubo una demora burocrática, pero aparentemente este prisionero de guerra recibió el dinero a fines de julio de 1941. Trece dólares norteamericanos eran una suma considerable para un judío en la Polonia dominada por los nazis. Pero lo más significativo es que alguien en Chicago haya sabido dónde encontrar a Rogaczewski en las profundidades de la Europa ocupada. No se sabe cuántas cartas, paquetes o cheques fueron enviados desde Estados Unidos a Polonia, pero Rogaczewski no fue seguramente un caso único. El 7 de diciembre de 1941 este último puente de salvación se desmoronó. Cuando la guerra cambió de rumbo, un año después, casi todos los judíos de Polonia habían sido asesinados.

Los intereses nacionales 1933-1939. Los problemas que el mundo enfrentó respecto de nazis y judíos en el período de preguerra no fueron los mismos de los años siguientes. En la preguerra, el número de judíos bajo dominio nazi “se limitaba” a centenares de miles, y su sufrimiento consistió en la pérdida de libertades civiles y derechos ciudadanos, una severa dislocación económica y otras formas de persecución. Muchos fueron arrestados en diversos sitios y momentos; algunos fueron asesinados. En consecuencia, numerosos judíos procuraron abandonar Alemania y dirigirse a áreas más hospitalarias. ¿Pero adónde?

Cuando los nazis tomaron el poder en 1933, los países del mundo se hallaban sumidos en la Gran Depresión, y varios lograron salir de ella recién después de largos años. Según muchos historiadores norteamericanos, Estados Unidos no superó totalmente la depresión hasta su entrada en la guerra. Uno de los intereses nacionales primordiales en muchos países, incluidos los que más tarde se convertirían en Aliados, era la recuperación económica. Para las potencias que habían triunfado en la Primera Guerra Mundial, ello equivalía a la firme voluntad de mantener la paz, casi a cualquier costo.

Hacia fines del siglo XIX, Estados Unidos comenzó a promulgar una serie de leyes destinadas a limitar el ingreso de extranjeros, que culminaron en 1924 con la Ley de Orígenes Nacionales de Inmigración, que estableció estrictas cuotas de admisión basadas en el origen nacional. Esas severas limitaciones fueron aún agravadas por la orden

administrativa dictada por el presidente Herbert Hoover en septiembre de 1930, que instruía a los consulados que aplicasen del modo más severo posible la cláusula que se refería a “las posibilidades de que la persona se convierta en una carga pública”. Esta cláusula en la ley de 1917 daba a los funcionarios consulares el derecho a negar la visa a un inmigrante potencial que, a su juicio, no podría mantenerse por sus propios medios. El resultado fue una drástica reducción en la inmigración a Estados Unidos: hasta 1938, las cuotas nunca llegaron a completarse. Estas restricciones fueron anteriores al ascenso de los nazis al poder, y obviamente no tuvieron relación alguna con la persecución judía; se basaban en el modo que el gobierno norteamericano entendía su responsabilidad para con sus propios ciudadanos, ya que los inmigrantes competirían deslealmente con los desocupados. Pero su impacto sobre la posibilidad de un asilo seguro para los judíos que trataban de huir de Alemania fue devastador.

Junto con la crisis económica, Estados Unidos sufría una fuerte tendencia al aislacionismo. Los norteamericanos estaban cansados de Europa y muy dispuestos a dejar que los europeos enfrentasen solos sus propios problemas. Existía un fuerte sentimiento de nativismo americano, un rechazo de todo lo extranjero y un creciente *antisemitismo. También otros países compartían esa desconfianza ante el extranjero y diversas formas de antisemitismo popular, las cuales estaban influidas por una variedad de factores, como la grave depresión económica, el desarrollo de un intenso nacionalismo xenófobo, el ascenso de la derecha radical y del *fascismo en Europa, y el triunfo del *nazismo en Alemania. En semejante atmósfera, pocos países estaban dispuestos a admitir a *refugiados paupérrimos (y esa era la condición en que se permitía a los judíos dejar Alemania), especialmente si eran judíos. Además, no sólo Alemania tenía intenciones de librarse de sus judíos, y éstos no eran los únicos que necesitaron emigrar durante la década de 1930. También en Polonia y *Rumania las condiciones eran insoportables. A todo ello hay que añadir el hecho de que, al menos hasta 1938, los estados rehuían todo vínculo con lo que se consideraba un problema interno de Alemania. El intenso deseo de preservar la paz a toda costa adquirió prioridad, especialmente en los países democráticos, sobre toda consideración de la política alemana hacia los judíos. Las leyes y los

sentimientos del mundo no dejaban mucho sitio para la mayor parte de los emigrantes potenciales.

En 1938 tuvo lugar un giro decisivo en las respuestas occidentales al sufrimiento de los judíos alemanes. Ese giro tuvo dos momentos: el **Anschluss* o anexión de **Austria* en marzo, y el **pogrom* de la **Kristallnacht* (Noche de los Cristales) en noviembre. Al producirse el *Anschluss*, el presidente Franklin D. **Roosevelt* invitó a una reunión internacional que se realizaría en Evian (Francia), para analizar el problema de los refugiados de Alemania y Austria. Participaron de la misma 32 países; 24 organizaciones voluntarias presentaron propuestas y sugerencias. La conferencia se ocuparía de refugiados tanto existentes como “potenciales”, lo que significa que se esperaba, al menos teóricamente, una solución a largo plazo para un problema en continuo aumento.

En términos de la expansión de posibilidades inmigratorias, los resultados de la Conferencia de **Evian* fueron casi nulos. Gran Bretaña no estaba dispuesta a rever las posibilidades de ampliar la inmigración judía a *Éretz Israel* (Palestina) que había sido severamente limitada tras los disturbios árabes en 1936. Los países europeos que ya habían recibido refugiados no estaban dispuestos a admitir otros. Estados Unidos anunció que completaría sus cuotas para Alemania y Austria (27.230), y la República **Dominicana* ofreció recibir a 100.000 refugiados. Esta última propuesta fue vista como un truco diplomático para ganar el favor de los países desarrollados y lograr que los mismos invirtiesen recursos en la atrasada infraestructura dominicana. Ningún otro país estuvo dispuesto a cambiar o adaptar sus reglamentos o prácticas de inmigración. La mayoría manifestó su preocupación por los judíos perseguidos y por otras personas que necesitasen emigrar, al tiempo que lamentaban no poder hacer más de lo que ya habían hecho. El delegado de **Australia*, teniente coronel Thomas Walter White, fue más drástico: “Como no tenemos problemas raciales, no queremos importarlos”. De este modo, las puertas del mundo permanecieron cortésmente cerradas.

Sin embargo, algo resultó de la Conferencia de Evian: se creó el Comité Intergubernamental sobre Refugiados (CIR), que tendría la responsabilidad de buscar potenciales lugares de refugio y negociar con el gobierno alemán la posibilidad de que los

judíos no tuvieran que dejar todo su dinero al salir del país. El director ejecutivo del CIR, George Rublee, tomó muy en serio su mandato y pronto abrió negociaciones con el presidente del Banco del *Reich y ministro de Economía Hjalmar *Schacht. En enero de 1939 se estaba elaborando un acuerdo según el cual los judíos podrían salir de Alemania con una pequeña parte de sus haberes, los cuales serían provistos en la práctica por los judíos del mundo en una gigantesca operación de rescate. En cierta medida, el arreglo se basaba en el *"acuerdo de transferencia" entre la *Agencia Judía y el gobierno alemán. Schacht fue depuesto de su cargo ministerial antes de firmar el documento, y Rublee continuó negociando con su sucesor, Helmuth Wohlthat. A comienzos del verano, el acuerdo estaba listo y se esperaba la aprobación de los gobiernos que participaban del CIR y de las instituciones judías, sobre todo las norteamericanas, para comenzar a implementarlo. Los judíos del mundo libre estaban muy inquietos ante el arreglo, porque el mismo se basaba en un reconocimiento tácito de que el gobierno alemán tenía derecho a robar el capital de sus ciudadanos judíos. Roosevelt presionó a los dirigentes judíos de su país para que aceptaran; el organismo financiero que debía apoyar la emigración organizada, la Fundación Coordinadora, fue creado en julio de 1939. Pero la guerra estalló antes de que se pudiera hacer nada.

La Noche de los Cristales provocó un cambio más dramático en las reacciones de algunos gobiernos occidentales. Hubo amplias expresiones de condena e indignación. El 15 de noviembre, Estados Unidos retiró su embajador de Berlín, Hugh Wilson: no habría otro en Alemania en los once años siguientes. El presidente Roosevelt ordenó prorrogar indefinidamente 15.000 visas de turistas, en su mayoría pertenecientes a judíos escapados de Alemania y que pronto habrían tenido que marcharse de Estados Unidos. Las cuotas de inmigración para alemanes y austríacos fueron completadas ese año, por primera vez en la década. Gran Bretaña permitió la entrada de unos 50.000 refugiados durante los meses que precedieron el estallido de la guerra, varias veces la cantidad autorizada durante los cinco años y medio precedentes. Entre ellos se contaban más de 9.000 niños solos, la mayor parte judíos, enviados a Gran Bretaña en el **Kindertransport*, para quienes se encontraron hogares adoptivos por todo el país.

Estos cambios fueron tan dramáticos como limitados en su alcance y duración. Al tiempo que Gran Bretaña abría sus propias puertas a los refugiados judíos, cerraba las de Éretz Israel, el único territorio en el mundo cuya sociedad estaba ansiosa por recibirlos. El **Libro Blanco* promulgado en mayo de 1939 oficializó la política británica contra la inmigración judía a Éretz Israel. Ante la inminencia de la guerra, Inglaterra quería asegurar la paz entre los árabes de Medio Oriente y sobre todo la provisión de petróleo. Tras el estallido de la guerra, en 1940, algunos de los refugiados admitidos en Gran Bretaña fueron deportados a Australia y *Canadá, bajo sospecha de ser enemigos potenciales. Estados Unidos no continuó completando sus cuotas y no hizo esfuerzos serios por localizar a quienes querían huir de Alemania. El comienzo de la guerra puso fin a este destello de humanitarismo hacia los refugiados, pero los resultados del mismo estuvieron lejos de ser insignificantes. Decenas de miles de judíos alemanes y austríacos debieron sus vidas a ese limitado cambio a penúltima hora.

(II) Tiempos de guerra: Información *versus* conocimiento. Las reacciones de los Aliados ante el Holocausto durante la guerra deben ser examinadas bajo el prisma de dos cuestiones dialécticas: información *versus* conocimiento, y disposición *versus* capacidad. En primer lugar, debemos ante todo comprender ante qué situación creían estar reaccionando. ¿En qué momento comenzaron a recibir los Aliados informes sobre la “Solución Final”? ¿En qué momento comenzó dicha información a conformar un cuadro razonablemente claro que mostraba no una erupción de masacres inconexas, sino una operación deliberada, sistemática, metódica, destinada a asesinar a todos los judíos a su alcance? A fin de organizar e implementar la “Solución Final”, los nazis debieron experimentar un salto mental a una dimensión de criminalidad sin precedentes. La pregunta es en qué medida lograron los dirigentes aliados hacer el cambio mental paralelo, que les permitiera captar el significado del crimen que se estaba desarrollando en la Europa ocupada.

La segunda cuestión es la relación dialéctica entre la voluntad y la capacidad de rescatar judíos. Existen historiadores y políticos que sostienen que los Aliados de todos modos no habrían podido salvar a los judíos, ya que, hiciesen lo que hiciesen, los nazis habrían continuado con su plan asesino. Sin embargo, se trata de una cuestión doble: no

sólo de capacidad sino de intención y disposición. Todo estudio de las reacciones de los Aliados ante el Holocausto nos devuelve a la misma pregunta fundamental:

¿Consideraron los Aliados la posibilidad de intentar rescatar a los judíos europeos, cualesquiera hayan sido el momento, la forma o el método? La respuesta debe buscarse no sólo en el campo de batalla sino en las salas de deliberaciones.

Hacia mediados o finales del verano de 1941, el sufrimiento judío en guetos y campos de trabajo forzado era conocido por las potencias occidentales. La neutralidad de Estados Unidos hasta el 7 de diciembre de 1941 le permitió mantener contactos con la Europa ocupada. Periodistas neutrales tenían acceso, si bien limitado, a los países ocupados, y el gobierno alemán no pudo ni quiso ocultar todas sus acciones contra los judíos durante los primeros 21 meses de la guerra. En consecuencia, en la prensa occidental se mencionaba, a veces, el desmantelamiento de las poblaciones, los planes nazis de una “reserva” judía, la negación de todos los derechos básicos, la difusión del hambre y las enfermedades, las durísimas condiciones del trabajo forzado y el gran número de judíos muertos. También los funcionarios gubernamentales de Gran Bretaña y Estados Unidos estaban familiarizados con esa información. Ahora bien, durante este período no podemos preguntarnos por sus reacciones al exterminio sistemático de los judíos porque éste aún no había tenido lugar. El concepto de “Aliados” —y por ende de una reacción conjunta al tratamiento nazi de los judíos— no era todavía lo que llegaría a ser en la segunda mitad de 1941, ya que tanto Estados Unidos como la Unión Soviética eran oficialmente neutrales.

Poco después de comenzada la Operación Barbarroja, comenzaron a llegar a Occidente escalofriantes noticias sobre masacres de judíos y de civiles en general. La inteligencia británica interceptaba regularmente informes policiales alemanes al respecto, enviados desde el territorio de la Unión Soviética. También llegaban a Occidente fugitivos e informaciones clandestinas. Entre los más impactantes estuvieron, en noviembre de 1941, los referidos a unos 50.000 fusilados en Kiev en septiembre, suceso conocido como la matanza de *Babi Yar. Estos informes no mencionan un plan o un modelo establecidos para el asesinato, y algunos resultaban inverosímiles. Sin embargo, siguieron llegando con creciente frecuencia. A medida que pasaban las semanas y los

meses, se fue haciendo claro que los alemanes estaban cometiendo inconcebibles atrocidades contra civiles.

El primer intento público de combinar esas informaciones en un cuadro coherente correspondió al canciller soviético Molotov, en una nota del 7 de enero de 1942 a las embajadas extranjeras en Moscú. ¿Pero qué dirigente occidental iba a tomar en serio semejante informe del gobierno soviético? El 13 de marzo de 1942, S. Bertrand Jacobson, representante del *Joint Distribution Committee* en *Hungría, declaró en una conferencia de prensa en Estados Unidos que existían batallones nazis de la muerte en Europa oriental y que por los menos 300.000 judíos habían sido asesinados hasta ese momento. Entre sus principales fuentes figuraban soldados húngaros que habían regresado del frente soviético. Sin embargo, ni Molotov ni Jacobson dedujeron de ello que los nazis se habían embarcado en el exterminio de todos los judíos.

El primer documento que mencionó concretamente un plan nazi antijudío fue un informe secreto del *Bund* de Varsovia, enviado clandestinamente a Occidente a fines de mayo de 1942. El *Bund* mencionaba la muerte de 700.000 judíos en territorio polaco, aportando lugares específicos, cifras y métodos. El informe gozó de alguna cobertura de prensa, incluidas las transmisiones en lenguas extranjeras de la BBC, un informe en el *Daily Telegraph* de Londres el 25 de junio de 1942 y otros posteriores en periódicos británicos y norteamericanos. Ello podría haber generado una mejor captación de la masacre que se estaba llevando a cabo, pero no fue así. Los gobiernos británico y polaco llamaron a una conferencia de prensa, el 8 de julio de 1942, para presentar oficialmente los datos del informe del *Bund*. Los polacos mandaron una representación adecuada a un tema tan serio, el viceprimer ministro y ministro del Interior Stanislaw Mikolajczyk y dos diputados del Consejo Nacional Polaco, el bundista Samuel *Zygelbojm y el sionista Ignacy *Schwarzbart. Inglaterra estuvo representada por Brendan Bracken, ministro de Información y encargado de propaganda. La naturaleza de la representación británica refleja su ambivalencia ante el tema analizado, y ciertamente pudo llevar a los observadores a la conclusión de que el informe era bueno como propaganda pero sólo parcialmente veraz.

Muchos historiadores han señalado que el documento decisivo fue el hoy famoso telegrama de Gerhart Riegner a Stephen Wise el 8 de agosto de 1942. Por su neutralidad, Suiza y especialmente Ginebra se habían convertido en un importante foco de recepción de noticias sobre la guerra y los judíos. Los representantes de instituciones, como Riegner del Congreso Judío Mundial y Richard Lichtheim de la Agencia Judía, se dedicaban a recoger información sobre los judíos europeos. Con todo, Riegner no estuvo dispuesto a suscribir por completo la información que transmitió; ello se refleja en su aseveración de que la noticia sobre un plan nazi “en elaboración” para matar “de un solo golpe” a cuatro millones de judíos por medio de ácido prúsico, debía ser tomado con “todas las reservas necesarias, ya que es imposible confirmar su exactitud”. El telegrama fue enviado a Wise vía el correo diplomático del Departamento de Estado, y a Sidney Silverman en Londres vía la valija diplomática británica. Los funcionarios del Departamento de Estado determinaron que se carecía de pruebas que confirmaran la información de Riegner, y no remitieron el telegrama a Wise. Los funcionarios de la Cancillería británica llegaron a la misma conclusión, pero decidieron transmitir el telegrama a Silverman con una nota que mencionaba la carencia de toda corroboración. Silverman, a su vez, mandó el cable a Wise por telégrafo común.

Pese a las reservas expresadas por Riegner, el dato, que llegaba pisándoles los talones a numerosas noticias sobre masacres y al informe del *Bund*, conmovió a sus receptores en Inglaterra y Estados Unidos. Wise llevó el material a Sumner Welles en el Departamento de Estado apenas lo recibió, a fines de agosto. Welles le pidió un breve plazo para verificarlo antes de difundirlo. Wise aceptó, y el 24 de noviembre Welles lo llamó a su despacho y confirmó la información. Wise convocó inmediatamente una conferencia de prensa y la hizo pública.

Once días después, 78 refugiados judíos polacos arribaron a Éretz Israel (Palestina) como parte de un intercambio de prisioneros civiles entre Inglaterra y Alemania. Entrevistados por la Agencia Judía, refirieron la cruenta masacre de la que habían sido testigos oculares. Sus informes aparecieron en los diarios judíos de Éretz Israel el 23 de noviembre de 1942, bajo titulares enmarcados en negro. El conjunto de todos estos hechos demuestra que para esa fecha ya habían llegado pruebas convincentes

del Holocausto a tres continentes desde tres fuentes distintas en forma casi simultánea. Los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña tuvieron acceso a los tres informes. La presión pública, a la que se sumó la del Gobierno Polaco en el Exilio, produjeron la mencionada Declaración Conjunta del 17 de diciembre de 1942. Parecería, por lo tanto, que al menos a partir de ese momento era previsible una acción de salvamento por parte de los Aliados.

(III) Tiempos de guerra: Disposición *versus* capacidad. En el momento en que los Aliados parecían percibir finalmente la verdadera naturaleza del Holocausto, en diciembre de 1942, sus ejércitos estaban demasiado lejos del lugar del crimen como para que pudiesen intervenir. Aunque se había ganado una gran batalla en Noráfrica, la de Stalingrado no estaba aún decidida. Las fuerzas norteamericanas estaban sólo comenzando a integrarse plenamente en el esfuerzo bélico, y el impacto de soldados frescos no era todavía perceptible. Estos factores fueron sin duda importantes, pero la pregunta central para ese momento es otra. Al comprender la terrible situación de los judíos, ¿designaron inmediatamente los Aliados un organismo especial que examinara las posibilidades de salvarlos? Y ese hipotético comité, ¿trabajó día y noche, tirándose de los pelos y dándose de cabeza contra la pared en busca de una forma de salvar a los judíos, hasta que debió alzar las manos con desesperación porque ya no era posible hacer nada? ¿O es que, por empezar, semejante salvamento nunca figuró en la agenda de los Aliados?

Aquí, como en los casos anteriores, la respuesta parece ser evidente por sí misma. “No hicieron nada”, es la habitual conclusión. Con todo, aun si ello puede probarse, es necesario examinar las razones de esa inacción, y dicho examen debe comenzar por los intereses nacionales.

El principal interés nacional durante una guerra es, obviamente, la victoria. Tras la derrota de Francia en junio de 1940, quedó de hecho una sola potencia aliada frente a Alemania: Gran Bretaña. En nueve breves meses Alemania había logrado arrasar a casi toda Europa, mediante la ocupación y la alianza o mediante el miedo y la cautela impuestos a los poderes neutrales del continente. Suiza, por ejemplo, era en ese momento una isla rodeada por un mar nazi, mientras que *Suecia, el último territorio libre de Escandinavia, temía que Alemania intentase conquistarla. Inglaterra misma parecía un

enemigo desdeñable en el verano de 1940: su infantería había sido aplastada y sólo sus restos huyeron en la evacuación de Dunkerque; todo indicaba que Alemania estaba a punto de invadir a una Gran Bretaña debilitada. Para ésta, la supervivencia era la principal prioridad, y es posible argüir convincentemente que el destino de los judíos europeos, al menos en parte, dependía de que los británicos logaran ese objetivo. Por fortuna para Gran Bretaña (y para toda la humanidad) la *Luftwaffe*, la fuerza aérea alemana, fue abatida en todos los combates en la Batalla de Bretaña y el Reino Unido sobrevivió para continuar la lucha. Pero esta victoria aliada no logró invertir el curso de la guerra. Gran Bretaña estaba militarmente deteriorada y no estaba en condiciones de intervenir a favor de los judíos o de nadie.

Una vez que la Unión Soviética y Estados Unidos entraron en la guerra, las energías de los Aliados se concentraron en lograr la más rápida y contundente de las victorias posibles. Pero cuando la marea bélica subió a principios de 1943 y la presión a favor de una operación de salvamento se incrementó en la opinión pública británica y norteamericana, ambos países se vieron obligados a convocar una conferencia sobre el tema del salvamento judío.

Al principio, se depositaron grandes esperanzas en la Conferencia de *Bermuda. Los Aliados, que habían ya declarado su conocimiento de las persecuciones y masacres de los judíos, que habían definido al enemigo nazi como la personificación del mal en esa guerra librada para salvar al mundo, y que estaban ahora listos para triunfar en todos los frentes, se hallaban en una sólida posición desde la cual podían lanzar un programa de salvamento. Los grupos judíos norteamericanos prepararon propuestas detalladas que sometieron a la conferencia, y por todo el territorio de Estados Unidos hubo manifestaciones masivas reclamando la salvación de los judíos. Pero la Conferencia de Bermuda —irónicamente reunida el 19 de abril de 1943, el mismo día del Levantamiento del *Gueto de Varsovia— se evidenció rápidamente como una decepción.

El historiador Henry Feingold ha apodado con razón a la conferencia “salvamento ficticio para gente sobrante”. Efectivamente, cuando se examinan sus magros resultados, se hace evidente que su objeto no fue tanto salvar a los judíos como salvar a los gobiernos aliados de la creciente presión a favor de salvamento. La Conferencia de Bermuda fue un

encuentro de funcionarios de nivel medio de sólo dos países, Estados Unidos y Gran Bretaña, reunidos en una isla militar cerrada, lejos de la mirada pública y de los interrogantes de la prensa. Sólo se permitió la entrada de un puñado de periodistas, que no tuvieron acceso a la sala de sesiones y recibían partes diarios llenos de vagas generalizaciones. Las organizaciones voluntarias comprometidas con el salvamento no estaban representadas, y parece que sus propuestas no fueron nunca realmente discutidas. La conferencia determinó que era imposible destinar barcos para el transporte de refugiados hacia asilos temporarios, que no podían realizarse negociaciones con el enemigo y que era imposible distraer recurso alguno del esfuerzo bélico. Todo el evento resultó tan embarazoso, que la publicación de su informe final no se produjo hasta varias semanas después de su conclusión.

El resultado más tangible de la Conferencia de Bermuda fue el aumento de las presiones sobre los gobiernos aliados para salvar a los judíos europeos. Al mismo tiempo, los ejércitos aliados continuaban avanzando en todos los frentes, pero hasta septiembre de 1943, cuando ocuparon la mitad meridional de Italia, las operaciones concretas de salvamento continuaban siendo militarmente imposibles. Los aviones no podían hacer todo el trayecto desde sus bases aliadas a los campos de exterminio y los guetos. La mayoría de las otras acciones sugeridas ni siquiera fueron, por lo general, tomadas en consideración.

La presión para una operación de salvamento provenía de muchas y diversas fuentes, no todas ellas armónicamente combinadas. Las principales organizaciones judías norteamericanas, que habían estado trabajando en forma conjunta desde enero de 1943, organizando manifestaciones y asambleas destinadas a influir en la opinión pública e incluir el tema en la agenda nacional, lograron mantener su coalición hasta el verano de ese año; el resurgimiento de las diferencias entre sionistas y no sionistas dividió las fuerzas, si bien el trabajo continuó desde ambos campos. Al mismo tiempo, una organización competidora, el Grupo Bergson, surgido de una delegación del *Irgún Tzvaí Leumí* (organización militar clandestina perteneciente al Partido Sionista Revisionista en Eretz Israel), intensificó su campaña pública en favor del salvamento, la que culminó en una Conferencia de Emergencia para Salvar al Pueblo Judío de Europa, en julio de 1943.

Muchas personalidades norteamericanas y británicas, incluidos miembros del Congreso y del Parlamento, hicieron repetidos llamados a sus gobiernos en el mismo sentido. En los Estados Unidos, la preocupación pública por el destino de los judíos llevó a que se realizaran audiencias públicas en la Cámara de Representantes a partir de noviembre de 1943, con el fin de considerar una resolución parlamentaria que llamara al gobierno a emprender una acción de salvamento. Las audiencias del subcomité fueron muy bien publicitadas, como lo fue también el embarazoso testimonio del funcionario del Departamento de Estado a cargo de inmigración, Breckinridge Long, quien había creado una falsa impresión sobre la generosidad norteamericana que, supuestamente, habría permitido la entrada al país de centenares de miles de refugiados. Si dicha resolución hubiese sido sometida a votación en la Cámara, como se planeó en enero de 1944, probablemente habría sido aprobada y, aunque el Poder Ejecutivo no estaba obligado a actuar en consecuencia, la situación se habría vuelto embarazosa para éste. Al mismo tiempo, funcionarios del Tesoro habían descubierto que el Departamento de Estado había bloqueado activamente intentos de salvamento y transmisión de noticias sobre la situación de los judíos europeos. El secretario del Tesoro Henry *Morgenthau llevó este punto a la atención de Roosevelt en enero de 1944, en un informe condenatorio preparado por tres de sus funcionarios, y éste emitió inmediatamente un decreto que creaba el *War Refugee Board* – WRB (Comisión de Refugiados de Guerra). Irónicamente, fue la Conferencia de Bermuda la que creó a fines de 1943 esa significativa combinación de presiones emanadas de grupos judíos rivales, audiencias parlamentarias, personalidades públicas y, lo más importante, del Departamento del Tesoro, combinación que impulsó al presidente a modificar en enero de 1944 precisamente la misma política de salvamento que la Conferencia de Bermuda se había propuesto perpetuar.

La creación del WRB constituyó un notorio giro en la política norteamericana hasta ese momento. Su mandato era hacer todo lo posible para salvar a quienes corrían peligro de ser asesinados por los nazis o sus colaboradores, lo cual autorizaba gestiones que anteriormente estaban expresamente prohibidas, como negociar con el enemigo o enviar dinero a su territorio. Pese a las serias dificultades derivadas de la falta de cooperación de otras agencias gubernamentales y del presupuesto mínimo adjudicado por

Roosevelt, el WRB puso enérgicamente en práctica su mandato, concentrando sus energías en cuatro tipos de actividad: evacuar a judíos de territorio enemigo; encontrarles asilo; ejercer presión psicológica sobre funcionarios de países del Eje, sobre todo amenazándolos con juicios por crímenes de guerra; y enviar abastecimientos a los *campos de concentración.

El historiador David Wyman estima que el WRB desempeñó un rol crucial en el salvamento de unos 200.000 judíos. La cifra es muy significativa, pero la obvia conclusión es que fue muy poco y demasiado tarde. Si el WRB hubiese sido creado sólo un año o dos antes, ¿cuántas vidas más habría podido salvar?, ¿cuántos campos de exterminio no habrían alcanzado a completar su tarea? Al mismo tiempo, debe tenerse en cuenta que el éxito del WRB dependió probablemente, en gran medida, del momento en que fue establecido. En 1942, las amenazas provenientes de una agencia norteamericana habrían tenido escaso impacto en países europeos, dada la perceptible diferencia entre una Alemania cercana, arrolladora y poderosa, y un distante país cuyas capacidades todavía no se habían comprobado. Las amenazas habrían tenido mayor peso en 1943, pero Alemania era todavía la ocupante y Estados Unidos estaba aún muy lejos como para poder hacer mucho. Solamente la ocupación del sur de Italia en el otoño de 1943 y el progresivo retroceso de las fuerzas alemanas en todos los frentes a comienzos de 1944, otorgaron credibilidad a las amenazas del WRB en sus primeros meses de actividad, y estos factores no existieron en el período inmediatamente anterior. Además, la invasión de Francia por los Aliados en junio de 1944 llevó las amenazas a los umbrales del Eje, excepto Alemania misma. Por lo tanto, aun si el WRB hubiese sido creado mucho antes, no es seguro que podría haber logrado mucho más de lo que logró durante su breve existencia hacia finales de la guerra. En ese sentido, los diferentes calendarios de la guerra y del Holocausto comenzaron a encontrarse en 1944, a medida que las victorias aliadas comenzaron a liberar a algunos sobrevivientes judíos y a ofrecer la posibilidad de liberaciones adicionales.

La ocupación de Italia meridional y el avance de las tropas soviéticas en el frente oriental posibilitaron a los Aliados la consideración del bombardeo de objetivos militares en el oeste de Polonia. A comienzos de 1944, su superioridad aérea era absoluta y

atacaban regularmente objetivos militares alemanes. Durante la primavera y verano de 1944, aviones de reconocimiento norteamericanos con bases en Italia sobrevolaron el complejo de Auschwitz para fotografiar los campamentos de trabajo que producían caucho sintético y combustible para los ejércitos alemanes. A partir de agosto, esas instalaciones industriales sufrieron varios ataques aéreos.

Al mismo tiempo, la presión pública comenzó a contar con que los Aliados bombardearían el campo de exterminio de Auschwitz y las vías ferroviarias que llegaban hasta él desde Hungría, basándose en informes topográficos detallados recibidos de varios fugitivos del campo en la primavera y el verano — los llamados Protocolos de *Auschwitz. Estados Unidos y Gran Bretaña se negaron sistemáticamente a ese operativo por un número de razones. En primer lugar, se sostenía que esas incursiones eran técnicamente imposibles porque los bombarderos cargados con proyectiles no podían recorrer la distancia entre sus bases y los objetivos. La inexactitud de este argumento es obvia, ya que el complejo industrial de Auschwitz estaba siendo bombardeado en ese mismo momento — hecho que era ignorado por quienes demandaban el ataque al campo de exterminio. También se pudo haber argüido que los Aliados carecían de mapas adecuados del campo y sus alrededores. El hecho es que no existen evidencias de que la información sobre Auschwitz haya sido seriamente examinada, o de que se realizara algún esfuerzo claro en procura de información adicional. A partir de enero de 1944, el Ministerio de Guerra de los Estados Unidos estableció una estrategia que evitaba involucrar a las fuerzas armadas en actividades de salvamento. En consecuencia, los pedidos de bombardeo presentados en el verano de 1944 no fueron nunca considerados en Estados Unidos antes de ser rechazados por dicho ministerio. De manera similar, el ministro de Aviación inglés denegó ese pedido sin examinarlo, pese al apoyo expreso de Winston *Churchill y el canciller Eden. Parece también claro que las fuerzas que organizaban en Italia las misiones de bombardeo de los complejos industriales tan cercanos al campo de exterminio, no fueron responsables de la negativa respecto de la otra misión. Los que fotografiaban los blancos industriales desde el aire no tenían noción de la naturaleza criminal del campo vecino, que aparecía en varias fotos. (De hecho, esas fotografías no fueron examinadas por agentes políticos conocedores del Holocausto hasta

fin de la década de 1970.) Además, se sostenía que un vuelo tan largo exponía excesivamente a las tripulaciones de los bombarderos y que la efectividad del operativo era dudosa, ya que, si los alemanes querían matar judíos, lo harían aunque parte de las instalaciones en los campos hubiesen sido destruidas. También se consideraba que, desde el punto de vista del salvamento, el bombardeo del campo sería solamente un acto simbólico, ya que los proyectiles no omitirían a los prisioneros y los Aliados se convertirían en asesinos de judíos. Otra razón de la negativa fue que los Aliados eran renuentes al rescate selectivo, ya que dedicarse a salvar judíos constituiría una admisión de que los nazis tenían razón: los judíos eran diferentes — y los Aliados no estaban interesados en poner en práctica la propaganda nazi.

La resistencia a emprender una acción militar puede resumirse en dos consignas, estrechamente vinculadas: el salvamento sería consecuencia de la victoria, y era necesario no desviarse del esfuerzo bélico. Una rápida victoria, sostenían, era el mejor modo de salvar el máximo de personas. Por lo tanto, todas las energías debían concentrarse en la lucha; toda dispersión de esfuerzos resultaría contraproducente y tendría como resultado final el salvamento de menos víctimas. Resultaba difícil combatir esa lógica en tiempos de guerra, y el WRB terminó adoptando el mismo razonamiento.

Si este fuera el final de la historia de las respuestas aliadas al Holocausto, podríamos alcanzar la conclusión de que esa postura tenía su lógica, al menos en 1944, y que la falta de una operación de salvamento en mayor escala fue resultado tanto de una estrategia a escala global como de una falla moral. Pero no siempre se mantuvo esa grandiosa estrategia que no dejaba lugar a operaciones para salvar judíos. Por ejemplo, cuando tuvo lugar el Levantamiento Polaco en *Varsovia, en agosto de 1944, con el ejército soviético pasivamente instalado a unas pocas millas, los aviones de los Aliados occidentales lanzaron abastecimientos a los rebeldes: pese a los riesgos que implicaba el largo vuelo y pese a que se estimaba que gran parte de los paquetes caerían en manos enemigas o se perderían, la ayuda a los sufrientes polacos poseía una importante significación simbólica.

¿Por qué eran diferentes los judíos? ¿O los diferentes eran los polacos? Es necesario un estudio serio de todas las misiones de salvamento y ayuda de los Aliados

durante la guerra, a fin de determinar cuál fue la regla y cuál la excepción. No obstante, está claro que, en el verano de 1944, los Aliados diferenciaban entre los polacos y los judíos que quedaban en Polonia. Quizás la Guerra Fría, que ya empezaba a avecinarse desde el Este, hacía necesario recordar a los polacos quiénes eran sus amigos y quién acudía en su ayuda en tiempos de necesidad. En todo caso, las esperanzas depositadas en las alas de esos aviones iban a tener efecto sólo 45 años después, si es que lo tuvieron. Los judíos, por supuesto, sabían quiénes eran sus amigos, pero no tenían nada que ofrecer al realineamiento político del mundo en la posguerra.

(IV) Evaluaciones. Por momentos, la mera voluntad de salvar víctimas podía producir resultados de la nada. Los miles de “Justos de las Naciones” son un ejemplo de ello. En su mayoría, se trataba de gente común, sin poder alguno, solamente dotados del deseo de ayudar a personas en peligro. Raoul *Wallenberg es uno de los más famosos; pero debe recordarse que sus acciones heroicas contaban con el respaldo de su gobierno, y es dudoso que semejante respaldo hubiese sido posible antes de mediados de 1943; también aquí el momento histórico fue importante. Además, las actividades de Wallenberg fueron ampliamente subsidiadas por el WRB, muchos de cuyos fondos provenían de judíos norteamericanos, particularmente del *Joint Distribution Committee*. ¿A quién corresponde, pues, el mérito, fuera de Wallenberg el héroe? Es difícil determinarlo, pero quizás una pequeña parte corresponde al gobierno que, aun con pocas ganas, había creado la agencia que canalizó los fondos.

En agudo contraste con los “Justos”, los esfuerzos de los Aliados parecen reflejar una falta de voluntad que anuló la mayor parte de las oportunidades para poner en práctica sus posibilidades de salvamento, sean éstas las que fueren. ¿Por qué carecieron los Aliados de la voluntad de salvar a los judíos? Las razones son muchas, y pasaremos breve revista a algunas de ellas.

Es necesario tomar con seriedad los intereses nacionales de los Aliados. La victoria era el principal, y cuando esta apareció en el horizonte, comenzaron a entrar en juego los planes sobre la posguerra. Para ser incluidos en los acuerdos de posguerra, los judíos, que carecían de un estado propio y de poder político real, necesitaban hallar el modo de insertarse en la agenda de los Aliados. Lo lograron con un alcance limitado

durante la guerra, y con una fuerza algo mayor después de ésta, cuando los personas *desplazadas (PD) judías obligaron a los Aliados a tomarlas en cuenta y presionaron para que se les permitiera emigrar, sobre todo a Éretz Israel (Palestina). Las consignas “el salvamento mediante la victoria” y “no apartarse del esfuerzo bélico” no fueron meras frases, sino una consecuencia directa de los intereses aliados — a menos que una futura investigación demuestre otra cosa.

También puede argumentarse que no ha habido mayor cambio en la manera en que el mundo reacciona ante el sufrimiento ajeno cuando los perpetradores son poderosos. Fueron los intereses nacionales y no las preocupaciones humanitarias los que determinaron la intervención de las potencias democráticas en Yugoslavia, Somalia, Etiopía, Camboya, Burundi, Ruanda u otras áreas donde se cometieron crímenes masivos. Estos eventos posteriores al Holocausto no son el Holocausto, y en todos los casos mencionados las democracias occidentales no estaban en guerra con los perpetradores. Aun así, la importancia de los intereses nacionales *versus* el humanitarismo no puede soslayarse, por más que hubiésemos querido que las cosas fueran de otra manera.

Unida a los intereses de los Aliados se hallaba su propia percepción de la guerra como una lucha del bien contra el mal, de la luz contra las tinieblas. Esta percepción no beneficiaba necesariamente a los judíos desde el punto de vista conceptual. En una guerra contra el demonio, no es posible negociar con el demonio. En otras palabras, el enemigo debe rendirse incondicionalmente. Los Aliados no procuraban negociaciones para salvar a uno u otro grupo, porque ello habría contradicho el objetivo de la rendición incondicional. También habría enojado al siempre suspicaz Stalin. Por otra parte, en la guerra del bien contra el mal, hay que evitar ser infectado por ese mal. Los Aliados trataron, en sus propios términos, de aferrarse a sus principios humanistas y liberales. Ello significaba que los judíos eran iguales a los demás hombres, en contra de lo que aducían los nazis y sus colaboradores. Los Aliados no favorecerían a un grupo por sobre otro, al menos abiertamente. En este sentido, los judíos fueron víctimas de las limitadas percepciones del liberalismo occidental.

Una de las explicaciones más comunes para la aparente indiferencia de los Aliados ante el destino judío es el antisemitismo. No cabe duda de que éste existía tanto

en las sociedades como en los círculos gubernamentales. Breckinridge Long, el encargado de la sección de visas en el Departamento de Estado norteamericano, era antisemita, y el funcionario de la cancillería británica Arminius R. Dew utilizó un lenguaje flagrantemente antisemita cuando se quejó, en septiembre de 1944, del tiempo perdido “en tratos con estos judíos llorones”. Sin embargo, Long fue finalmente destituido y Dew recibió una reprimenda por sus observaciones, aun cuando estas fueron hechas en privado: sus superiores consideraron que ese lenguaje era impropio. El papel que desempeñó el antisemitismo no fue el de provocar la alegría o la indiferencia por el infortunio judío. Más bien parece haber actuado inhibiendo en diversos funcionarios la capacidad de convertir el salvamento de judíos en alta prioridad y de considerar a los judíos como otro miembro de la Alianza, y no solamente como personas que en sus países sufrían en la misma medida que los conciudadanos no judíos.

Existieron muchos factores adicionales que confluyeron para determinar las reacciones de los Aliados ante el Holocausto, pero hay uno que suele pasarse por alto y que deseamos plantear aquí, como conclusión. Mencionamos al principio que los Aliados tuvieron claro conocimiento del Holocausto en diciembre de 1942. Quizás es necesario completar este punto, y los dos ejemplos que siguen bastarán para ilustrarlo. En su entrevista para el capítulo “Genocidio” de la serie televisiva *El mundo en guerra* realizada por Thames en la década de 1970, se le pidió a Anthony Eden, entonces conde de Avon, que hablara de las reacciones aliadas a las noticias sobre el asesinato de los judíos. Eden contó que había leído la Declaración Aliada Conjunta en la Cámara de los Comunes el 17 de diciembre de 1942 y que los parlamentarios habían observado un minuto de silencio en honor de las víctimas. Visiblemente conmovido por el recuerdo de la escena, Eden concluyó: “*Allí finalmente pudimos hacer algo*”.

Jan Karski debía retornar a Polonia en 1942, pero su gobierno le ordenó permanecer en Occidente porque los alemanes ya habían descubierto su identidad. Debido a ello, salió de la clandestinidad a la luz pública, con la aprobación de sus superiores, y realizó varias giras de conferencias y reuniones. Tal como lo relató posteriormente, dondequiera que iba la gente estaba interesada en su testimonio ocular sobre los judíos en los campos. En el verano de 1943 viajó a Estados Unidos y se encontró con funcionarios

oficiales, incluido el presidente Roosevelt, personalidades públicas y dirigentes judíos. Entre éstos se contó el juez de la Suprema Corte Felix Frankfurter, con quien se entrevistó en las oficinas del embajador polaco en Washington. También Frankfurter estaba interesado en oír su informe sobre los judíos. Mientras Karski hablaba, Frankfurter comenzó a pasearse agitadamente por el cuarto. Cuando Karski completó su relato, un tenso y pesado silencio cayó sobre la habitación. Frankfurter continuaba su nervioso paseo. Finalmente se detuvo, giró sobre sí mismo, miró a Karski a los ojos y rompió el silencio: “Cuando un hombre como yo habla a un hombre como usted, debe ser perfectamente sincero. ¡Joven, yo no puedo creerle!”. Karski y el embajador polaco Ciechanowski quedaron estupefactos. El embajador refrendó la honestidad y confiabilidad de Karski, afirmando que el gobierno polaco respaldaba todo lo que él decía. “¿Cómo puede usted llamarlo mentiroso?”. “¡Oh, no! ¡Oh, no!” replicó Frankfurter. “No dije que fuera un mentiroso. Dije solamente que no puedo creerle”.

Ni Eden ni Frankfurter eran tontos. Eden debe haber comprendido, más de veinte años después, que el poder político y militar de los Aliados permitía una reacción mayor que un único minuto de silencio en largos años de guerra. Y en la fecha en que se encontró con Karski, Frankfurter había estado recibiendo información sobre los judíos durante siete meses, tanto de la prensa como de la Casa Blanca. Sólo podemos sentirnos algo desconcertados y preguntarnos: ¿Alguna vez, realmente, supieron?

Tomado de: Efraim Zadoff (Ed.), SHOÁ, Enciclopedia del Holocausto, Yad Vashem y E.D.Z. Nativ Ediciones, Jerusalén, 2004.

Basado en: Robert Rozett y Shmuel Spector (Eds.), Encyclopedia of the Holocaust, Yad Vashem & Facts on File Inc., Jerusalem Publishing House Ltd., 2000